

CAPÍTULO V

Moteczuhzoma Ilhuicamina -- Ortografía de su nombre. — Su elección. — Su coronación. — Consagración real. — Construcción del teocalli de Huitzilopochtli. — Guerra de Chalco — Sacrificio de Ezuauácatl. — Inundación de México — Construcción del dique. — La Piedra del hambre. — Socorros de Moteczuhzoma á su pueblo. — Fin de la calamidad. — Institución de la guerra sagrada. — Conquistas de Moteczuhzoma. — Organización administrativa — Educación de la niñez. — Sacrificios. — Introducción en México del Tlacaxipehualiztli. — El Tonalácatl. — Su estreno — Ceremonias del sacrificio. — Hace esculpir Moteczuhzoma su imagen en el cerro de Chapultepec. — Muerte de Moteczuhzoma Ilhuicamina. — Su descendencia. — Gloria de su reinado y males que causó su fanatismo.

El nombre del emperador Moteczuhzoma se ha escrito de tan diversas maneras, que es preciso entrar en un examen minucioso de las diferentes opiniones que hay sobre su ortografía, para decidir cuál es la mejor.

Reinaba el segundo Moteczuhzoma cuando los españoles llegaron á Tenochtitlán, y como les era difícil pronunciar los nombres mexicanos, corrompieron el del monarca, así como corrompieron el de muchos que dejaron inconocibles, tales como *Huitzilopochtli*, que hicieron Huichilobos, Cuahnáhuac Cuernavaca, etc. A esta circunstancia se agregó otra también muy importante para la dificultad de conservar en su pureza el nombre de ese rey, y fué que los tenochca no encontraron en sus combinaciones jeroglíficas el modo de escribirlo fonéticamente. Desde luego, cualquiera que sea la ortografía que se prefiera, encontramos en el nombre del rey la partícula *mo*, vuestro, y la voz *zomalli*, el enojado, el sañado; y ninguna de las dos pudieron ser representadas por medio de los jeroglíficos. La representación del rey se hizo con un *copilli*, que viene á ser la figura simbólica del rey, del señor, del *tecuhtli*. No tendremos, pues, más que esta pequeña base para resolver la dificultad.

El conquistador Hernando Cortés, en sus Cartas relaciones al emperador Carlos V, citó muchas veces el nombre en cuestión. Publicáronse estas cartas en el año 1749, en la preciosa colección intitulada *Varios historiadores de Indias*, que en Madrid sacó á luz don Andrés González Barcia. No tomamos en cuenta la edición gótica del siglo xvi, pues se puede decir por su suma escasez que está perdida, y no hay en México un solo ejemplar que poder consultar. En aquella edición el nombre se escribe Muteczuma. En la nueva edición que de dichas cartas hizo el arzobispo don Francisco Antonio Lorenzana, en México, el año de 1770, im-

mióse Muteczuma. Reprodújose esta edición en Nueva-York el año de 1828, y en ella se reprodujo también la ortografía Muteczuma. El año de 1858 se publicaron otra vez las cartas de Cortés en la *Biblioteca de Autores españoles*, de Rivadeneyra, y siguió la escritura Muteczuma. El año de 1855 publicó el señor don Joaquín García Icazbalceta, el bibliógrafo más notable que tenemos, una preciosa edición gótica de una carta inédita de Cortés; la reimprimió en 1859 en el tomo I de su *Colección de documentos para la historia de México*, é hizo todavía una tercera edición, de sólo sesenta ejemplares, en riquísimo papel de Holanda, con caracteres góticos del siglo xvi, con tinta roja y negra; siendo de notar que esta exquisita impresión, que es la mejor que de las prensas mexicanas ha salido, fué formada por manos del mismo señor Icazbalceta en su imprenta particular, lo que aumenta mucho su mérito á los ojos de las personas que saben agradecer los muchos servicios que el sabio y laborioso escritor ha prestado á la historia de México. Como la referida carta fué escrita en 1524, no se hace ya en ella mención del emperador Moteczuhzoma. En la edición del periódico *La Iberia*, México 1870, se pone también Muteczuma. En la edición de don Pascual de Gayangos, París 1866, escríbese igualmente Muteczuma. Publicó también lord Kingsborough algunas cartas de Cortés que no hacen relación al tantas veces citado emperador de México. Lo mismo sucede con otras cartas publicadas en el primer libro de *Actas del Ayuntamiento de México*, en la *Colección de Navarrete*, *Mosaico Mexicano*, *Documentos para la historia de España*, *Documentos del Archivo de Indias*, Prescott, é *Iberia*, tomo II. Hay otro documento de Cortés en que se cita este nombre, y es la *Merced á los caciques de Axapusco*, que por primera vez publicó el señor García

Icazbalceta en su tomo II de la *Colección de documentos para la historia de México*, y confrontó escrupulosamente con la del Archivo general, en donde se pone Montezuma; pero no hay duda de que en la copia del Archivo está adulterada la ortografía, pues allí se lee también Tenochtitlán, y es bien sabido que jamás lo escribió así Cortés, que generalmente le decía Temixtitán. Al reproducir parte de esta carta el señor Zerecero en sus *Memorias para la historia de las revoluciones de México*, usó del nombre de Moctezuma, sin que sepamos el motivo que tuvo para variar la escritura del manuscrito que imprimía. Finalmente, en la edición italiana de las cartas de Cortés, que se halla en el tomo III de la *Colección de Ramuzio*, publicada en Venecia en 1565, se dice Montezuma.

Se ve, pues, que todas las buenas ediciones citadas le atribuyen á Cortés la ortografía Muteczuma. Creemos, sin embargo, que todas no han hecho más que reproducir el primer error del primer copista ó impresor, pues Cortés escribía generalmente Mutecuma. Hay entre nuestros manuscritos un códice que contiene las Cartas de Cortés, mandado hacer por Carlos V y certificado de su orden por el escribano Diego de San Martín, el cual códice quedó en la Biblioteca imperial de Viena, bajo el número 5,606. Este códice, de una autenticidad que tienen pocos manuscritos, da casi siempre la ortografía antes dicha. Para no hablar sino de dos pasajes, citaremos las páginas 64 vuelta y 97, debiendo advertir que la paginación es moderna. Dice en la primera: «quando salia fuera el dhó *mutecuma* que hera pocas



Motecubzoma Ilhuicamina

bezos todos los que yban con el y los que topava por las calles ce bolbian el rostro y en ninguna manera le myraban.» En la segunda usa absolutamente la misma ortografía, aunque en otros pasajes del manuscrito parece que está escrito Muteccuma. Pedro Martyr, que recibía de primera mano las relaciones de Cortés, usaba la ortografía Muteczuma: así está en la edición gótica de sus *Décadas*, hermosa impresión de m̄dxxx, y en la rarísima edición de París de 1587, hecha por R. Haklyviti; pero se lee Multoxuma en la impresión de Colonia de 1574.

El conquistador Bernal Díaz del Castillo, en la primera edición que de su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, hizo fray Alonso Remón en Madrid el año de 1632, usa la ortografía Montecuma. El conquistador anónimo, cuya relación se encuentra en el tomo citado de Ramuzio, lo llama también Montezuma, ortografía que conserva en la traducción del señor García Icazbalceta, inserta en su colección.

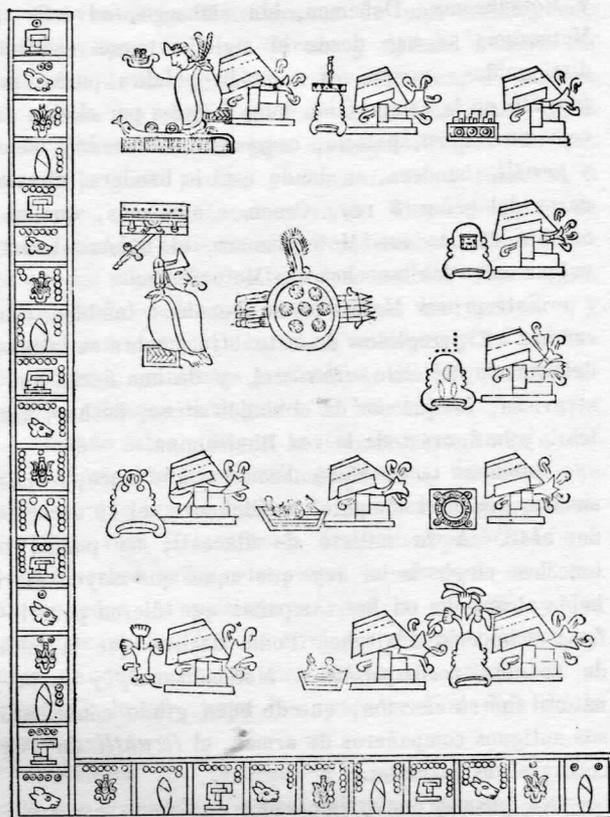
De los historiadores primitivos, el padre Motolinía lo llama Moteuczoma en su *Historia de los indios de Nueva España*, publicada primeramente por Kingsborough, y después con una versión mejor, por el señor Icazbalceta, en la citada colección. El padre Sahagún llámalo Moctlecuzoma, y así está en las dos ediciones que casi al mismo tiempo hacían de la *Historia general de las cosas de Nueva España*, Kingsborough en Londres y don Carlos María de Bustamante en México. Fray Bartolomé de Las Casas usa del nombre Montecuma en sus *Viajes de los españoles á las Indias*, edición francesa de París, 1697. En *La conquista de México*, del clérigo Francisco López de Gomara, edición de Amberes, en casa de Juan Steelcio, 1554, se escribe el nombre Moteccuma. Fray Jerónimo Mendieta en su *Historia eclesiástica indiana*, dada á luz cuando ya se creía perdido tan precioso monumento por el infatigable señor Icazbalceta, en México, en 1870, en una espléndida edición de sólo cuatrocientos cuarenta y seis ejemplares, usa la voz Moteczuma. Fray Juan de

Torquemada llámalo Motecuhzuma en la *Monarquía Indiana*. Tezozomoc le dice Moctezuma tanto en el manuscrito como en la edición de Kingsborough y en la traducción francesa de Ternaux Compans. El padre Durán usa la palabra Monteçuma en su *Historia de las Indias de Nueva España*, de la cual se publicó el primer tomo por don José Fernando Ramírez, en México, el año 1867. Acosta le llama Motezuma en su *Historia natural y moral de las Indias*, edición española de Madrid de 1792, y la misma escritura se usa en la edición latina. Ixtlilxóchitl siempre lo llama Motecuhzoma ó con la partícula reverencial Motecuhzomáztin. Chimalpain, en su crónica inédita, le dice Motezuma. Sigüenza, en las tablas citadas de Santos Salazar, dice Motecutzoma, aunque creemos que es error del copista, pues en el *Teatro de virtudes políticas* lo llama Motecohzuma. Oviedo usa la voz Monteçuma en su *Historia de Indias*, publicada el año de 1853 por la Real Academia de la Historia en lujosa edición de cuatro tomos. Herrera le da en sus *Décadas* el nombre de Moteçuma. Veytia le dice Moteuhzuma. Llámasele Moctezuma en la traducción francesa del Zurita, publicada por Ternaux Compans; pero en el manuscrito original se pone Motençuma. Clavigero le dice Motezuma ó Moteuczoma. Solís, en su *Conquista de México*, primera edición en Madrid, año de 1732, le llama también Motezuma. El abate Brasseur prefiere la voz Montezuma. El intérprete del código Mendocino dice una vez Huehuemotecuma y otra Moteçuma: creemos que hay error de imprenta y que lo escribía Moteçuma. El intérprete del código Telleriano-Remense lo llama Mouteuhccoma ó Motecoma: creemos que olvidaron la cedilla en la impresión. En el código de Aubin se dice Moteuhçoma, y en el segundo anónimo, primero Moteçoma y luego Motecuhzoma. El intérprete del jeroglífico de Tepéchan le dice Moteuhzoma. El señor don José Fernando Ramírez, en el *Diccionario de Geografía é Historia*, lo llama Motezuma ó Motecuhzuma. En fin, en un manuscrito que tenemos con los jeroglíficos de los reyes de México y sus nombres, se pone Motezoma ó Moteuczoma, y sin duda este documento está escrito en los últimos años, por comprenderse á Maximiliano, cuya escritura jeroglífica en él se figura.

Podrían aumentarse mucho más estas citas; pero son las principales, y más que suficientes para dilucidar la cuestión.

Si se observan con atención las variantes del nombre que nos ocupa, se verá que con pocas excepciones, entre las que se encuentran las impresiones de países extranjeros á España y México, conforme está la escritura de la primera sílaba *mo* ó *mu* y de las dos últimas *zoma* ó *zuma*. Debemos advertir que es indiferente el uso de la *o* ó la *u*, y que generalmente preferían la *o* los mexica y la *u* los acolhua, ó usaban de ambas en una misma palabra, buscando la eufonía.

Como Cortés venía con los texcocanos, decía Mutezuma, prefiriendo siempre la *u*. Hecha esta ligera explicación, tendremos que toda la dificultad se reduce á saber si las sílabas restantes del nombre son *te*, *tec*, *teuh* ó *tecu*. Viene en nuestra ayuda el símbolo del rey, que precisamente corresponde á esas sílabas. El símbolo es el *copilli* real, que representa al *tecuhtli*; de manera que él sólo puede darnos el sonido *tecu*, y por lo tanto, como enteramente pura y castiza, la voz Motecuhzoma, prefiriendo por el buen sonido la combinación alternada de la *o* y la *u*. Que el nombre puro es *tecuhtli*, se saca de las buenas fuentes del idioma mexicano. Hay cuatro vocabularios mexicanos, y no



Código Mendocino. — Reinado de Motecuhzoma Ihuicamina

sabemos que exista otro. Tomando de los dos de Molina, el grande impreso en México en casa de Antonio Spinosa, en 1571, nos da la voz *tecuhtli*, *caullero* ó *principal*. El mexicano-latino de Sahagún, autoridad respetabilísima, que con sus Evangelios y Epístolas se publicó en lujosa edición el año 1858, en Milán, por Bernardino Biondelli, dice: *tecutli*, *n. eques*, *princeps*. Ni duda puede quedar con estas dos indiscutibles autoridades, que poseyeron en toda su pureza el idioma *náhuatl*, de que solamente la voz *tecuhtli* es pura y genuina. Notará acaso el lector la falta de la *h* después de la *u*; pero esto depende de que en el siglo xvi usaron los escritores de ortografía distinta, y muy pocas veces de la *h*: así decían *Vitzilopochtli* en vez de *Huitzilopochtli*. Pero cuando escribió Ixtlilxóchitl,

que ya estaba fijada la ortografía, dijo en su *Historia chichimeca: tecuhtli, que es como el César de los romanos*. Más tarde comenzó á corromperse el lenguaje, y por eso en el tercer vocabulario, de los cuatro á que nos hemos referido, compuesto por el bachiller don Jeronymo Thomás de Aquino Cortés y Sedeno, y publicado en Puebla en 1765, se dice: *Señor de casa, tecti*; y se dice *teuhtli, scñor*, en el *Vocabulario manual* de Arenas, publicado sin fecha en México por la viuda de Bernardo Calderón, reimpresso en Puebla en los años de 1793 y 1831, y del cual hace pocos años se hizo nueva edición con correspondencia española y francesa. Entonces comenzaron á usarse Moteczuma y Moteuhzoma. Debemos, sin embargo, advertir que Moteczuma se usó desde el siglo xvi por escritores distinguidos, y que es también palabra pura, pues *tecuhtli* en la composición hace á veces por elisión *tec*, como en *técpán*, palacio, compuesto de *tecuhtli*, señor, y *panlli*, bandera, en donde está la bandera, el estandarte del señor ó rey. Creemos aún más, que si el nombre castizo era Motecuhzoma, el nombre usual y vulgar entre los tenochca era Moteczuma.

Este primer Motecuhzoma llamábase también Ilhuicamina. El jeroglífico de este otro nombre se compone del símbolo del cielo, *ilhuicatl*, y de una flecha que lo atraviesa, lo que nos da el sonido *mina*, flechar, asae-tear, y la figura toda la voz Ilhuicamina.

Subió al trono Motecuhzoma el año trece, *técpatl*, siendo, según el cómputo de Sigüenza, el 19 de agosto de 1440. A la muerte de Itzcoatl, no podían los tenochca elegir mejor rey que aquel que mayor gloria había alcanzado en las campañas que dieron poderío y fama al imperio mexicano. Podía decirse que la mitad de la obra correspondía á Motecuhzoma, y justa y natural fué su elección, que de buen grado confirmaron sus antiguos compañeros de armas, el *tecuhtli* de Texcoco y el de Tlacópan.

No quiso el nuevo emperador que se le consagrara desde luego. La idea religiosa y su amor por las batallas lo impulsaron á querer ofrecer antes á *Huitzilopochtli*, el dios de la guerra, el sacrificio de prisioneros hechos por su mano. Esta idea religiosa era bárbara; con el tiempo habíá de contribuir, más de lo que se ha creído, para allanar el camino á la conquista española; pero entonces tenía que ser un gran elemento para la preponderancia de Tenochtitlán y para constituir á la nación en el primer poder militar. ¿Fué cálculo? ¿fué superstición? lo cierto es que el rey nombrado quiso untar con la sangre de sus cautivos el cuerpo del dios antes que ungieran el suyo con el bálsamo de *Huitzilopochtli*.

No habían quedado del todo sujetos los chalca, y volvieron á levantarse á la muerte de Itzcoatl: escogió, pues, ese campo el rey tenochca para tomar la ofrenda de su dios. No podía, además, olvidar los antiguos

agravios que su rey Toteótzin le infringió cuando mandado por Netzahualcóyotl fué á buscar su auxilio contra los tepaneca: recordaba sin duda su prisión, y el empeño de aquel *tecuhtli* de entregarlo al tirano Maxtla; y partió con sus huestes sobre Chalco, que tomó por segunda vez. Contentóse con hacer gran número de prisioneros, y dejó por entonces pendiente la conquista definitiva de ese reino.

Habían pasado entre tanto los ochenta días dedicados á las exequias de su antecesor, y preparóse todo para la solemne consagración.

Las crónicas mexicanas cuentan que vino á Tenochtitlán Netzahualcóyotl á rendir pleitesía á Motecuhzoma, y que para que este vasallaje constase de una manera patente, hízose un simulacro de batalla en que los tenochca ocuparon la corte de Texcoco é incendiaron su templo. Por el contrario, el cronista acolhua cuenta que en los últimos años del reinado de Itzcoatl, habiendo sabido Netzahualcóyotl que el emperador de México quería romper la fe jurada, invadió y tomó por asalto Tenochtitlán. Pretensiones de orgullo nacional y tratándose de la época más gloriosa y en la cual cada cronista quería la supremacía para su nación, no deben tomarse en gran consideración. El padre Durán relata extensamente esta parte falsa de la historia, y en uno de sus jeroglíficos presenta á Netzahualcóyotl recibiendo el *copilli* de manos de Motecuhzoma. Lo cierto es que Netzahualcóyotl asistió á la consagración y que se distinguió por sus riquezas y numerosos presentes. En ella fueron sacrificados los prisioneros chalca, y asistieron con sus ofrendas los reyes tributarios.

La ceremonia de la consagración se hacía conduciendo al electo al templo de *Huitzilopochtli*. Iba la comitiva de sacerdotes, guerreros y pueblo en profundo silencio y sin acompañarse con sus acostumbrados instrumentos. Llegados al *teocalli*, subían por delante los reyes de Texcoco y Tlacópan y detrás el nuevo rey de Tenochtitlán, sin insignias, apoyado en dos nobles guerreros ricamente aderezados. Llegados á la plataforma hacía el electo su acatamiento al ídolo, y después de tocar la tierra con la mano, llevaba ésta á su frente. Teñiale entonces el cuerpo el gran sacerdote con negro *ulli*, y se lo rociaba de agua con ramas de cedro y sauce y con hojas de *ácatl*. Cubríanlo después con un *áyatl* adornado de fúnebres *miquiztli*, y le ponían sobre la cabeza una manta negra y otra azul con igual adorno. Al cuello le ceñían unas correas rojas de que pendían amuletos de oro y ricas piedras, y á la espalda el calabazo sagrado para que lo librara de las enfermedades. Tomaba el rey electo el *xiquipilli* lleno de *copalli*, y echando estos polvos aromáticos en un brasero, los iba á ofrecer al dios. Tomábale entonces el gran sacerdote el juramento de mirar á sus súbditos como á hijos, de reinar con justicia y de ver con empeño las cosas de la guerra y el servicio de los dioses, y

después de que lo prestaba solemnemente, le vestían las insignias reales.

Bajaba el rey del *teocalli* á recibir la pleitesía y los tributos de sus feudos y súbditos, y después de cuatro días de ayuno y recogimiento, iba á tomar posesión de su trono.

Pasadas todas estas ceremonias, proclamado y reconocido Motecuhzoma como emperador de México, volvió á continuar la campaña de Chalco. Hay que advertir que los tenochca tuvieron cuidado de no aparecer jamás como promovedores de guerras, y que aparentaban no ser hostiles á ningún pueblo; pero sí aprovechaban las ocasiones que los otros reinos les daban, y que ellos tomaban como afrentas hechas á su honra para declararles la guerra y sujetarlos. Llegaron á organizar tan bien esta política, que establecieron una especie de embajadores que á título de comerciantes se introducían en los otros reinos, y buscando querellas se hacían encarcelar ó maltratar, lo que daba motivo para vengarse á los *inofensivos* señores de México y principio á una campaña que concluía con la sumisión de aquellos reinos.

Parece que durante algún tiempo no dieron motivo ni pretexto los chalca que autorizara á Motecuhzoma á consumir su conquista y á convertirlos de tributarios en súbditos directos de Tenochtitlán, pues las crónicas nos presentan tranquilos los primeros años de este reinado y al nuevo emperador dedicado á la construcción de un suntuoso templo para *Huitzilopochtli*; y en efecto, se comenzó la obra, para la cual llevaron abundantes materiales los súbditos de Xochimilco, Culhuacán, Cuitlahuac, Mezquic, Coyohuacán y Atzacaputzalco.

La construcción de este templo fué, según las crónicas más acreditadas, el motivo de la nueva guerra con Chalco. Mandó Motecuhzoma á los chalca una embajada, pidiéndoles su auxilio para la construcción del *teocalli*. Los embajadores se dirigieron á los dos señores de Chalco, Cuauhteotl y Toteótzin, y les dijeron:—El *tecuhtli* de Tenochtitlán nos envía á saludos y á manifestaros sus deseos de que aumentéis vuestro poderío en este vuestro reino, y os suplicamos humildemente que nos socorráis con alguna piedra grande pesada y con una piedra liviana, pues la tenéis sobrada en estos cerros, para el edificio del *teocalli* de nuestra ciudad que hemos determinado levantar á *Huitzilopochtli*.—Rehusáronse los chalca á esta pretensión. ¿Qué motivo más justo para hacerles la guerra que el desprecio al dios? Dispusiéronse, pues, los ejércitos por ambas partes, y dieron batalla en el lugar llamado Techichco. Seis días se batieron sin éxito y sin que los tenochca pudieran desalojar á los chalca de su campo. El séptimo día púsose á la cabeza de las tropas de México el *Ezhuahuácatl*, y con tal ímpetu cayeron sobre los chalca que los hicieron retroceder, primero hasta Acaquilpan y después á Tlapitzahuáyan.

En esta situación pidieron los chalca una tregua, que manifiesta hasta dónde dominaba la idea religiosa á aquellos pueblos. Cuenta el cronista que al ser lanzados los chalca á Tlapitzahuáyan, dijeron á los tenochca:—Hermanos nuestros, habéis de saber que de aquí á cinco días es la fiesta de nuestro dios *Camaxtli* y queremos celebrarla con gran solemnidad y untar su *teocalli* con sangre tenochca para que sea más servido y honrado. Por tanto, os pedimos hasta entonces una tregua y que ese mismo día salgáis al campo, porque queremos celebrar esa fiesta con vuestras carnes.—Accedieron los tenochca, y se prepararon para el día señalado.

Usó entonces Motecuhzoma de una estratagema. Mandó avanzar todo su ejército y aprestó á todos los muchachos de la ciudad con trajes militares; de manera que cuando los chalca estaban en lo más reñido de la acción, presentóles á lo lejos su fingido ejército, lo que les causó gran pavor, y comenzaron á retirarse á Nexticpac, y después al cerro de Tlapechhuacán, en donde fatigados pidieron tregua y descanso. Pero sucedió que los muchachos se lanzaron también contra ellos, y desalojándolos de este último lugar los derrotaron y desbandaron en Cocotitlán. Los veteranos y los muchachos hicieron quinientos prisioneros, de los que doscientos eran soldados distinguidos de los chalca.

Cuando éstos pidieron la tregua para hacer el día de la fiesta de *Camaxtli* prisioneros tenochca que asaetear, que era su manera de sacrificar y ofrecer á su dios, hizo voto Motecuhzoma á *Huitzilopochtli* de que si los tenochca salían victoriosos le ofrecería en holocausto todos los prisioneros. Así lo cumplió, y los quinientos chalca fueron arrojados á una hoguera, y antes de que acabasen de espirar les arrancaron el corazón y lo ofrecieron los vencedores al dios de la guerra.

Volvieron los tenochca á continuar la campaña hasta que ocuparon la capital del reino, que era Amecamecan, y sojuzgaron á los chalca. Cuando concluyó, Motecuhzoma mandó que á los que más se habían distinguido les agujereasen la ternilla de la nariz y les atravesasen adornos de oro ó piedras finas, á *manera de bigotes*. Y esto mismo hicieron con los chalca que más valientemente habían peleado.

Atribuye Clavigero á otra causa esta guerra, y da parte muy principal en ella á los acolhua; pero creemos que anduvo equivocado, pues no hace relación alguna de esto Ixtlilxóchtli, que no lo hubiera omitido á ser cierto, y además pasó todo el reino de Chalco á les tenochca, sin que se hiciese la división de tributos que correspondía en el caso en que hubiera cooperado el *Acolhuatecuhtli*.

Aunque los cronistas ponen como primera campaña de Motecuhzoma la de Chalco, en el código Mendocino están conquistados antes los pueblos de Coatlitlahua-

cán, en donde mataron á su *tecuhtli* Atonal, de Mamalhuaztepec, Tenanco, Xiuhmolpiltepec, Chiconquiahco, Xiuhtepec y Totolápan, que fueron sujetos á tributos y que manifiestan que las conquistas de los mexica habían traspasado el valle por el rumbo del sur.

Hay en la guerra de Chalco un episodio interesante. Entre los prisioneros que habían hecho los chalca estaba el jefe tenochca Ezuauácatl. Cuando celebraron la fiesta de que ya hemos hecho mención, mataron á los prisioneros; pero entre ellos estaba Ezuauácatl, primo de Moteczuma y uno de los principales guerreros de México, y á éste, en vez de darle muerte, le ofrecieron hacerlo rey de Chalco. Manifestóles á los tenochca, prisioneros como él, que no podía aceptar ni corona ni vida si ellos tenían que perecer. Así es que contestó á los chalca que antes de coronarse quería despedirse de sus compañeros los mexica con fiestas y alegría; para

lo cual pedía que le trajesen un madero de veinte brazas y pusieran sobre él un tablón adornado para que bailase. Hiciéronlo los chalca. Salió entonces Ezuauácatl con los prisioneros; mandóles poner un *huchuetl* en medio, y á su música bailaron todos alrededor. Recomendóles después que muriesen como valientes, y subió al madero, en donde volvió á bailar y á cantar. En seguida se arrojó desde lo alto, encontrando la muerte al caer. Los chalca flecharon á los otros prisioneros. Había preferido morir con sus hermanos á reinar en un pueblo enemigo de su patria.

Abundante y próspero hasta el año siete, *ácatl*, el reinado de Motecuhzoma, debía estar sujeto, sin embargo, á la volubilidad de la fortuna; y á la gloria y la grandeza debían suceder crueles calamidades, que en el códice Telleriano-Remense dejaron los tenochca escritas en jeroglíficos. En el citado año siete, *ácatl*,



Sacrificio de Ezuauácatl

ó 1447, cayeron grandes lluvias y nieves: las gotas azules en un campo lleno de puntos, significan esto en el simbolismo jeroglífico. Como se ve en el códice, el agua subió hasta el ramaje de los árboles, y las dos figuras de muertos que en ella hay manifiestan la gran mortandad que hubo en la ciudad. Véase en medio del agua á una de las aves de la laguna, como para manifestar que ciudad y lago se unieron. Junto al *teocalli* está el símbolo del mes *Panquetzaliztli*, y por él podría sacarse la fecha exacta de la inundación, haciendo el cálculo de á qué mes de los nuestros correspondió aquel mes mexica.

Dice Clavigero que muy afligido Motecuhzoma recurrió á pedir consejo á Netzahualcóyotl, y acaso esto es lo que quiso significar la presencia del *tecuhtli* acolhua en este jeroglífico. Netzahualcóyotl es la figura unida por una línea al año *cc tochtli*. Su jeroglífico se compone de un instrumento de pedernal que se usaba para el sacrificio y para extraerse la sangre, y del

carácter figurativo coyote. El instrumento sangrador se llamaba *netzahualiztli*, que es lo mismo que sacrificio, ayuno, penitencia; y esta voz compuesta con la palabra *cóyotl*, nos da el nombre Netzahualcóyotl.

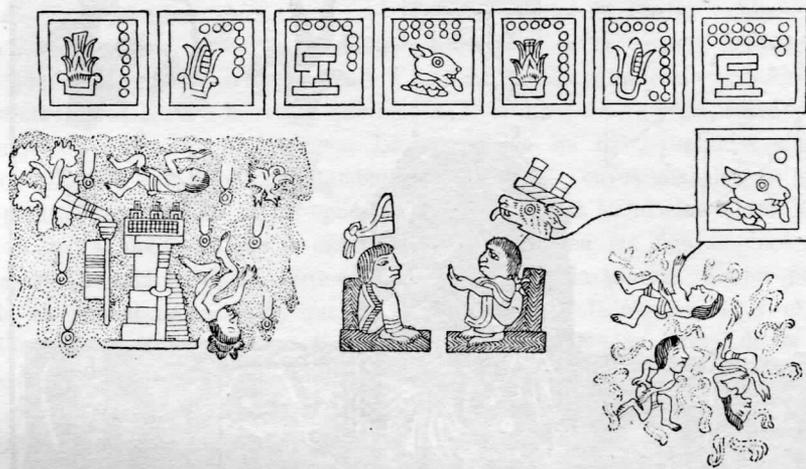
Dió este rey por consejo á Motecuhzoma, que formara una calzada en el lago de Texcoco, para que sirviera de dique á la ciudad. Aceptada la idea, púsose en ejecución; á cuyo efecto contribuyeron con materiales ó con su trabajo los pueblos de Atzacapuzalco, Coyohuacán, Tlacópan, Xochimilco, Itztapalápan, Colhuacán y Tenayócan. Los principales nobles de Tenochtitlán dieron el ejemplo de ponerse á trabajar; y tanta cantidad de hombres se empleó y se trabajó con tal asiduidad, que en poco tiempo y sobre un lago profundo se concluyó el dique, que medía nueve millas de largo por once brazas de ancho. Existe todavía éste, ya bajo de tierra, en los potreros de la hacienda de Aragón, y una de las especulaciones de los dueños de esta finca ha sido destruirlo para vender la inmensa

cantidad de piedra que contiene. Obra tan grandiosa como los caminos romanos y de más mérito por haber sido hecha con menos elementos y en circunstancias bien difíciles, irá desapareciendo poco á poco y vendiéndose en carretadas.

De ese dique se extrajo, y pertenece á nuestro Museo, una efigie del dios *Huitzilopochtli*, que allí cuidaba á la ciudad para que no pasaran las aguas del lago. Es el ídolo de piedra arenisca rojiza, y mide un metro de longitud. Con el trabajo de las aguas ha sido borrada casi toda la figura del cuerpo, pero se conserva muy bien la cabeza. Tiene una mitra con orejeras muy semejante á las asirias, su máscara y bezote, y una barba poblada. Esto último llamará mucho la atención, pues jamás se ha atribuido tal particularidad á ese ídolo; pero hay que advertir que los españoles tuvieron empeño especial en destruir las estatuas del sanguinario dios de la guerra.

Unido al año *ce tochtli* está en el jeroglífico del códice Telleriano un grupo de muertos acompañados de vírgulas de puntos. Encontramos la explicación de este suceso en una piedra labrada que estaba embutida en la esquina del convento de la Concepción, y la cual interpretamos quince años há en un estudio que en *El Renacimiento* publicamos y que aquí reproducimos.

Acostumbraban los antiguos mexicanos perpetuar la memoria de los sucesos más notables de su historia, y no teniendo una escritura como la nuestra y no creyendo bastante duraderos para la fama los jeroglíficos que pintaban en su papel de maguey que llamaban *ámatl*, recurrieron, como todos los pueblos de la tierra, á grabar esos acontecimientos en duras piedras, que resistiendo la poderosa destrucción del tiempo, los llevaran indelebles á la posteridad. Ya Motecuhzoma I, quinto rey de Tenochtitlán, según refiere el padre Durán en el capítulo XXIX de su



Inundación de México

Historia de las Indias de Nueva España, mandó á Tlacaélel que hiciese grabar en la piedra de los sacrificios gladiatorios las diversas batallas y conquistas conseguidas sobre los tiranos tepaneca. Las piedras encontradas el año de 1790 en la plaza Mayor de la ciudad de México, vinieron á ser un nuevo testimonio de esa costumbre de nuestros antepasados. Existía en el patio de la antigua Universidad, y es conocida de todos los habitantes de esta ciudad, la pretendida piedra de los sacrificios, que no es otra cosa, según los estudios del señor licenciado don Manuel Orozco y Berra, que la relación de las victorias de Tizoc, séptimo rey de México, piedra por lo mismo de igual género á la que motiva esta descripción; es decir, conmemorativa de sucesos notables del imperio azteca. El señor don José Fernando Ramírez, con vasta instrucción y profunda crítica describió las lápidas que guarda nuestro Museo, haciendo al efecto un bellissimo apéndice á la *Conquista de México*, por Prescott.

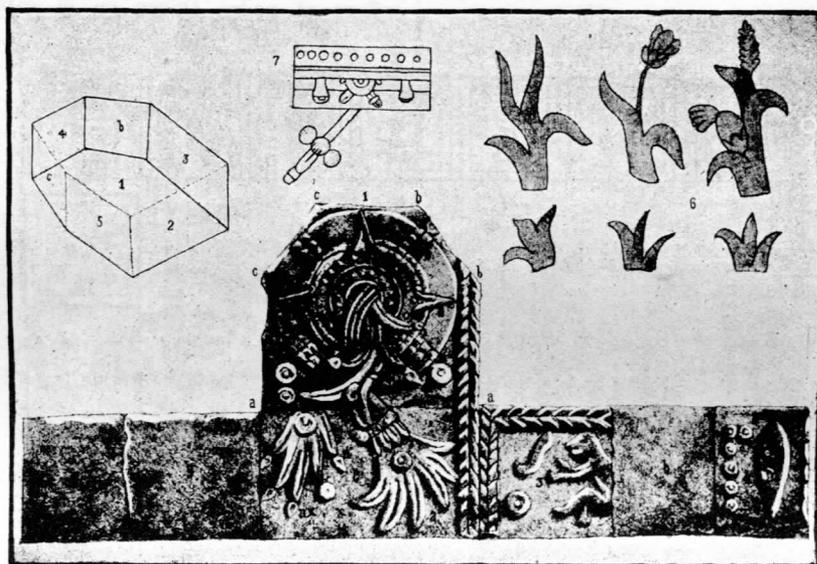
Estos hechos son suficientes para demostrar la verdad de que los acontecimientos más notables de la antigua historia de los mexica fueron grabados en lápidas conmemorativas. Se comprenderá por lo mismo cuánto interés tiene el estudio de esos monumentos que eran públicos, y podemos decir oficiales, por lo que constituyen la parte más auténtica y respetable de nuestros primeros anales, lo que hace de suma importancia el monumento que vamos á describir.

Es éste una piedra de durísimo basalto, recortada como se ve en el dibujo, en dos de sus cuatro esquinas, lo que sin duda se hizo por los ignorantes albañiles que la acomodaron en las paredes del convento de la Concepción, lugar en donde debió estar desde el año de 1644, que se construyó ese edificio, y acaso ya lo estuvo en el primero, que debió comenzarse por los años de 1550. Sabido es el empeño que los primeros frailes tuvieron en formar con los ídolos de los azteca las iglesias y monasterios. La piedra, antes de su dete-

rioro, debió ser un paralelepípedo, y muy probablemente un cubo perfecto. El único lado ó arista que se encuentra en buen estado, y es el marcado en la lámina con la línea *a-a*, tiene cuarenta y cinco centímetros de longitud; pero se notará que en la parte izquierda le falta la cenefa que rodea la piedra, y de la cual en ese punto quedan solamente vestigios; agregando á los cuarenta y cinco centímetros ya dichos los cinco centímetros que de ancho tiene la cenefa, se tendrá que el lado de la piedra es de cincuenta centímetros. Esto acaso podrá ser un nuevo apoyo á la opinión, que cada día va comprobándose más, de que los indios usaban de una medida igual al metro. De los seis lados del cubo debió estar colocado hacia arriba el marcado con el número 1, y la piedra apoyada en el opuesto, que no debió tener ningún dibujo, quedando los otros cuatro á

la vista, y todos ellos con inscripciones jeroglíficas. Como ya dijimos, la cenefa parece que circundaba todas las caras, como claramente se ve en el dibujo, en la intersección de las caras números 2 y 3. Esta cenefa tiene la forma del tejido del petate, lo que la hace un adorno esencialmente mexicano.

La lectura de esta piedra se ha de comenzar de derecha á izquierda, como la mayor parte de los jeroglíficos azteca. Así está escrito el *Tonalámatl*, y así están grabados los símbolos de los días en la piedra que se conoce con el nombre de Calendario, y se encuentra en el costado de la torre de la Catedral. En ese supuesto, lo primero que debía interpretarse sería la cara marcada con el número 5; pero desgraciadamente está completamente destruida, y no queda vestigio alguno que nos pueda dar á conocer el jeroglífico que



La piedra del hambre

tenía esculpido. Diremos, sin embargo, cuál suponemos que era.

Debe en seguida leerse la cara número 4. En ella se ve el símbolo *técpatl*, que era uno de los cuatro que representaban los años de los azteca; los que repetidos sucesivamente tres veces, formaban el ciclo de cincuenta y dos años. La figura *técpatl* se encuentra diversamente adornada. Así es que en el códice Mendocino (lord Kingsborough, tomo I) tiene hacia la mitad, y generalmente en la orilla derecha, una especie de dientes semejantes al símbolo fonético conque los mexicanos representaban la preposición *-tlan*. Otras veces, como se ve en las láminas de la tercera parte de la obra ya citada del padre Durán, simplemente se divide el pedernal en dos partes de distintos colores. En el *Tonalámatl* igualmente tiene una parte blanca y otra roja; pero además, hacia la mitad del lado izquierdo, una curva amarilla que forma una sección separada con un ligero

adorno de rayas negras. En la lámina tercera del proceso de Alvarado se encuentra el *técpatl* dorado y atravesado diagonalmente por una faja roja. En donde se halla el *técpatl* adornado de la misma manera que el que nos ocupa, es decir, con una especie de borla en la mitad de la orilla izquierda, es en la piedra del sol. Acaso esto nos podría hacer inferir que ambas piedras fueron labradas en la misma época.

El *técpatl* tiene á la izquierda seis circulillos ó números, de los cuales cinco ocupan una línea vertical, y el sexto queda á la derecha del superior. A la derecha del *técpatl* se ven las señales de otra línea vertical de cinco circulillos ó números, y puede creerse que también había un sexto circulillo á la derecha del superior. Esto que se confirma con la misma explicación de la piedra, tiene en su apoyo la costumbre de colocar los números en simetría para dar mayor belleza á lo esculpido; sin que se pueda decir en contrario que

había una regla fija para colocar los numerillos, pues en esto tenían entera libertad los dibujantes y escultores, los cuales en lo general los colocaban de cinco en cinco, como están aquí.

Supuesto esto, la cuarta cara de la piedra representa el símbolo doce *técpatl*, es decir, la fecha de un año.

Consultando para saber cuál puede ser éste, el año mexicano que correspondió al 1501 de nuestra era, fecha de la conquista de México por los españoles, que fué el tres *calli*, y retrogradando hasta llegar al doce *técpatl*, resulta que este año, después del de la fecha de la fundación de México, y antes del de 1521, año de su conquista por los españoles, pudo ser ó el de 1348, ó el de 1400, ó el de 1452, ó el de 1504.

Pero ningún hecho histórico notable, ni que se relacione con el grabado en el resto de la piedra, sucedió, ni en las dos primeras fechas ni en la última; así es que se debe señalar á este doce *técpatl*, como correspondiente, el año 1452 de nuestra era.

Entre la cuarta y tercera cara se ve en el dibujo una parte blanca *b*, que es la rotura correspondiente á la línea *b-b* de la primera cara, igual á la rotura que se observa del lado opuesto en la línea *c-c* de la misma. La cara número 3 tiene en dos de sus lados perfectamente dibujada la cenefa; pero ha desaparecido en los opuestos con el deterioro de la piedra; deterioro que se extendió al lomo del conejo que en ella está esculpido. Este conejo está en la actitud de un animal hambriento, que va á devorar á un gusanillo que se retuerce á poca distancia de su boca y está acompañado de un circulillo que representa el número 1. Por lo tanto, es la figura del año un conejo ó *ce tochtli*. Este año corresponde al 1454 de nuestra era, siguiendo el sistema adoptado en la explicación de la cara anterior. No se debe olvidar que el símbolo del año está en la actitud de devorar un gusanillo.

Antes de descifrar la cara número 2, es preciso explicar la cara número 1, porque aquélla no es más que la continuación de ésta. La figura del sol llena completamente la cara. El símbolo del sol, aunque siempre parecido, tenía algunas variaciones en su representación. Cuando se quería expresar el sol en sí, el símbolo *nahui óllin*, se le daba la figura de cuatro aspas. Este signo era siempre una reminiscencia de los cuatro grandes cataclismos que según la tradición había sufrido el continente americano. Pero otras veces el sol representaba, ó el día ó el dios: entonces no se le acompañaba de las aspas del *nahui óllin*, sino que se figuraba con un círculo mis ó menos adornado y rodeado simétricamente de los rayos en forma de A, que están marcados en la figura con la letra *d*, y de los rayos rectos que concluyen con un circulillo, y son los señalados con la letra *e*. Como ejemplo de lo que acabamos de decir, se puede citar el jeroglífico de la once trecena

del *Tonalámatl*; en el cuadro que se halla en la parte superior de la izquierda están colocados los dioses que dominaban en ese período. Gama, en su explicación del Calendario mexicano, dice hablando de esta trecena: "En esta undécima trecena dominaba el planeta sol, nombrado *Tonatiuh*, en compañía de *Tlato-caocélotl* y *Tlatocaxólotl*. Estos constan en el *Tonalámatl*, aunque Castillo pone por compañero de *Tonatiuh* á *Tepoztécatl*." Pues bien, allí la figura del sol es igual á la que nos ocupa, y como se ve, representa á *Tonatiuh*, es decir, al sol, no en su representación histórica de *nahui óllin*, sino en su representación del día. Esto se comprende claramente en la figura del *Tonalámatl*, porque el *Tonatiuh* está acompañado del símbolo de la noche que lo completa, así como completa el día. De la misma manera está la figura del sol en el jeroglífico del pueblo *Tonatiuhco*, como se puede ver en la figura cuarta de la orla inferior de la lámina trece del libro de los tributos, que en unión de las Cartas de Cortés publicó Lorenzana, y el cual libro está en las manos de todos. Igual figura se da al sol cuando se quiere representar el cielo, la divinidad, el dios, *teotl*; y así entra por la sílaba *teo* en la formación de los jeroglíficos como en *Teochiápan* y *Teotenanco*, cuyos símbolos se encuentran en las láminas del código Mendocino (lord Kingsborough, tomo I); el primero en las figuras once y quince de la parte primera en la pintura de los pueblos sujetos bajo el reinado de Motecuhzoma II, y el segundo en la figura trece de la lámina nueve de la misma parte primera, en la pintura de los pueblos conquistados por Axayácatl. En estos casos solamente se dibuja la mitad del símbolo del sol.

Estos antecedentes nos demuestran que el sol grabado en la primera cara de la piedra es la representación ó del día ó de la divinidad, del *teotl*. Pero no queda duda en que representa lo segundo y no lo primero, porque está acompañado del símbolo del fuego nuevo que abraza todo el segundo año de la primera indicción del ciclo.

Del centro del sol sale el símbolo del agua, como siempre con la figura de un chorro que concluye en unas gotas, las que unas veces son redondas, como la marcada en la cara primera con la letra *i*, y otras alargadas, como la señalada con la letra *n*, lo que parece más bien representación de los frutos acuáticos. El símbolo del agua es siempre azul en las pinturas, y puede verse en el jeroglífico número 1 del *Atlas geográfico* del señor García Cubas, en las figuras diez y seis, veintiocho y treinta y cuatro: no faltan, sin embargo, ejemplos de verde. Si se comparan esas figuras con el símbolo del agua de esta piedra, se verá que aquí el símbolo no es sencillo como en las pinturas, sino repetido, por decirlo así, abundante, pues el agua sale del sol en diferentes direcciones, y después de

llenar la parte baja de la cara número 1 se desparrama en la figura *x* de la cara número 2. Quiere decir que el símbolo manifiesta una cantidad extraordinaria de agua. Para comprender esto mejor, creemos oportuno decir que el símbolo del pueblo de Atotonilco es una olla tiznada en su parte inferior por el fuego, y de cuya boca se derrama el símbolo del agua; manera expresiva conque los mexica figuraban el agua que hierve, pues Atotonilco significa: donde el agua hierve. (*Atotonilli*, agua caliente.—MOLINA. *Vocabulario mexicano*. México, 1571).—Pues bien, el agua al hervir se desparrama en gran cantidad, y sin embargo, el símbolo del agua es sin comparación más abundante en la piedra que en el jeroglífico del pueblo de Atotonilco. (Puede verse este jeroglífico en la lámina nueve del libro de los tributos publicado en la colección de las Cartas de Cortés, de Lorenzana, y en la colección de lord Kingsbo-

rough, figuras doce y diez y siete de la lámina octava, parte primera del códice Mendocino, correspondiente al reinado de Motecuhzoma I, y en otros lugares).

Como llevamos dicho, el símbolo del agua sale en grande abundancia del centro del sol en la cara número 1, y se desparrama en la parte izquierda de la cara número 2. En la parte derecha de esta cara hay otro símbolo que claramente se ve que es un manojo de hierbas atado en su medio. Este es el *Xiumolpilli* ó sea atadura de los años, que significa literalmente *nuestra atadura de hierbas*. Con este símbolo figuraban el año correspondiente al ciclo nuevo, en el cual se encendía el fuego, y que caía cada cincuenta y dos años. De tres maneras hemos visto pintado el *Xiumolpilli*; ó bien como está en la piedra, y así está también en el citado jeroglífico número 1 del *Atlas* del señor García Cubas, ó expresando materialmente la



Motecuzuma socorre á su pueblo durante la gran hambre

salida del fuego, lo cual pintan con dos maderos que se frotan y producen el fuego, y así está en los jeroglíficos bien pintados, tales como el códice Mendocino, el códice Telleriano Remense y el cuadro número 2 publicado en el *Atlas* del señor García Cubas, y se encuentra así también en los jeroglíficos del Palemke; y en fin, lo figuran con una especie de cinta formando un lazo ó atadura, y así lo hemos visto solamente en la pintura sinográfica de la *Historia de México y Tepéchan*, la cual no se encuentra aún en ninguna colección.

Resumiendo lo expuesto, tendremos que en esta piedra se encuentran sucesivamente tres fechas: primeramente el año doce *técpatl*; después el año *ce tochtli*, y finalmente el *xiumolpilli*, que era el año dos *ácatl*.

Veamos qué suceso de la historia corresponde á estas fechas, y puede explicarse por ellas y por los demás símbolos esculpidos de la piedra. El suceso á que ésta se refiere es la grande hambre que bajo el reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina asoló el imperio mexicano, y cuyos principales incidentes tuvieron lugar en los años citados de 1452, 1454 y 1455 de nuestra era.

Clavigero, hablando de este acontecimiento, dice: «A la calamidad de la inundación sobrevino á poco la del hambre, pues en los años de 1448 y 1449 fué muy escasa la cosecha del maíz por haber escarchado cuando todavía estaban tiernas las mazorcas. En el año de 1450 también se perdió la cosecha por falta de agua. En el de 1451, á más de haber sido el tiempo contrario, apenas había grano que sembrar por haberse consumido casi todo por la escasez de las cosechas anteriores; por lo que en 1452 fué *tan grande* la necesidad de los pueblos, que no bastando á socorrerlos la liberalidad del rey y de los señores, los cuales abrieron sus graneros á beneficio de sus vasallos, se vieron precisados á comprar lo necesario con su propia libertad. La mayor parte del vulgo mexica se mantuvo como sus antepasados con aves acuáticas, hierbas palustres, insectos y pececillos de la misma laguna. El año siguiente no fué tan malo, y finalmente, el de 1454, que fué año secular, hubo una cosecha abundantísima, no sólo de maíz, sino también de legumbres y de toda suerte de frutos.»

Se ve en el párrafo citado que en el año 1452, que es el doce *técpatl*, fué *muy grande* la necesidad de los

mexica, y que ésta no concluyó hasta el año secular, que fué en 1455 y no en 1454 como equivocadamente dice Clavigero. (Véanse las Tablas de Veytia). Entonces tendremos que esta relación concuerda perfectamente con los jeroglíficos de la piedra que estamos describiendo, pues ella trae como primera fecha el doce *técpatl*, año en que ya la escasez fué muy grande, de manera que puede tomarse como el primero de la verdadera calamidad; nos muestra después el año *ce tochtli*, año anterior al que llovió, y que por lo mismo debió ser muy duro en el hambre, como elocuentemente expresa el conejo abalanzándose sobre un gusanillo ó hierbecilla, significando lo que Clavigero dice de haberse alimentado los mexica con hierbecillas, insectos y peces de la laguna; y finalmente tenemos el símbolo del agua saliendo en abundancia del *teotl* ó del cielo en el año secular ó *xiuhmolpilli*. Pero para poder explicar este suceso no nos basta lo que dice Clavigero, es preciso ver la relación de otras crónicas. Torquemada, en la página 158 del tomo I de la *Monarquía Indiana* (segunda edición), dice: «Dos años después de pasada esta inundación dicha, hubo hambre casi universal en toda la tierra fría; porque cuando los panes estaban ya en xilote (que es como decir estar la espiga en leche), caieron grandes Yelos unos Días tras otros, y los abrasaron todos; de manera, que este Año no se cogió grano de Maíz; pero valíanse del que tenían recogido del Año antes, y con este reparo no sintieron estas gentes mucha hambre. Pero el siguiente (1451) luego sucedió lo mismo que el pasado, que estando en leche la Mazorca, sobrevinieron Yelos que todo lo abrasaron. También el Año que se siguió á este fué de mucha seca, y no cogieron nada. Aviendo ya tres Años que no tenían cosecha, y se sustentaban del poco Maíz, que quedaba del atrasado, llegó el cuarto Año (1454), en el cual, como no tenían Semilla, no sembraron, y el Año también, que no ayudó, por ser muy avieso: de aquí resultó una grandísima hambre, y tanto que llegaron estos Pobres Mexicanos á comer Raíces de Tulin (que es la que llamamos nosotros Enea ó Española) y otras raíces de yerbas silvestres, por no tener cosas que comer. El año siguiente (1455), fué el del fuego nuevo de estas Gentes, que llamaban *Toxiuhmolpia* (como en otra parte hemos dicho) que venía á caer de cincuenta y dos en cincuenta y dos Años. Este Año tenían por particular y prodigioso, y así lo fué que aviendo pasado la hambre dicha, y no aviendo sembrado ninguna Semilla fueron *muchas las Aguas*, y el Año tan próspero, que las mismas Tierras dieron Maíz, Huauili, Chian, y Frisoles, y otras muchas Legumbres, con que quedaron todos los de la Tierra muy hartos, y prosperados. Esto afirman así las Historias y Pinturas de aquel tiempo.»

La autoridad de Torquemada es de las más respetables, y lo es mas, porque la funda, como él dice, en

las pinturas antiguas. Según él, el año que concluyó la calamidad fué el secular, que como ya se ha visto, corresponde al nuestro de 1455. El anterior fué, según Torquemada, el de mayor escasez aquel en que fué preciso á los mexica alimentarse con raíces y hierbas, y este año fué el de 1454 ó un conejo; el cual año fué el cuarto que no tenían cosecha; y como el primero en que no tuvieron cosecha no puede decirse que comenzó el hambre, pues como dice el mismo Torquemada, se valieron de lo recogido el año anterior, podemos decir que el hambre comenzó dos años antes del de 1454, esto es, en 1452, que es el doce *técpatl*.

Se ve que Torquemada difiere de Clavigero en el año que comenzó la calamidad; pero está conforme en que concluyó el año secular. Torquemada está, sin embargo, de acuerdo con el monumento que describimos, y esto sólo basta para convencer de que el error está de parte de Clavigero. Por lo demás, los pueblos podían ser negligentes en sus recuerdos de los años de poca escasez, pero jamás podían olvidar el año de mayor hambre, que fué el *ce tochtli*, ni aquel en que concluyó la calamidad, que fué el del fuego nuevo, es decir, el *ome ácatl*.

Esto se nota claramente en la tradición del padre Durán, que dice en el capítulo XXX de su citada obra, que «en el año de 1454, quando los indios por la cuenta de sus años contavan *Cetochtli*, que quiere decir, un conejo; y los dos años siguientes fué tanta la esterilidad del agua que uvo en esta tierra, que cerradas las nubes, casi como en tiempo de Elías, no llovió poco ni mucho.» Narra luego el hambre y los diversos sucesos que hubo en esta calamidad, y concluye al fin del capítulo diciendo: «Pasados los tres años del hambre con que dios castigó á esta nación, por sus grandes abominaciones, se empezaron á abrir las nubes y el cielo á echar su rocío, con tanta abundancia, que vino el año tan abundoso, que empezó la gente, etc.» Se ve aquí el recuerdo conservado de tres años de calamidad, la fecha *ce tochtli*, inolvidable como la de la mayor desgracia, y que el cuarto año volvió la abundancia: espacio de tiempo, ó sea cuatro años comprendidos entre los de 1452 ó doce *técpatl*, 1454 ó *ce tochtli* y el año secular ó sea 1455.

Se ve, sin embargo, en esta relación un error del manuscrito, que no ha podido ser del autor sino de alguno de los copistas que sucesivamente han trasladado la historia del padre Durán, de los años de 1580 á acá, y es que se pone el hambre en los años de 1454 y *dos siguientes*, pues debe leerse: y *dos anteriores*.

Creemos que con estos datos será suficiente para comprobar la explicación de esta piedra; pero á mayor abundamiento tenemos un documento auténtico y precioso, como es el códice Telleriano Remense, publicado por lord Kingsborough en su tomo I, pues en él, en la lámina octava de la parte cuarta, en el año del fuego

nuevo correspondiente al de 1455, está pintado cómo brotaron las plantas, las cañas y las flores por sí solas.

En las tradiciones orales era natural que los sucesos sufriesen alguna variación, y aunque hubiera algunas equivocaciones en las fechas en que pasaban: así es que un jeroglífico auténtico que las confirme ó aclare, es un documento de indisputable mérito, y mayor será el mérito de una escultura conmemorativa que ponga fin á todas las dudas. Por eso es que grande, muy grande es el mérito de la piedra que describimos. Ella se refiere á un acontecimiento notabilísimo; y como respecto de él no estaban enteramente de acuerdo los cronistas, que por lo general han sido poco cuidadosos de la cronología, viene á resolver todas las dudas. ¡Ojalá que sobre todos los sucesos de la historia antigua se encontrasen monumentos semejantes!

Para concluir haremos, fundados en todo lo expuesto, una traducción continuada de la leyenda que está dibujada en esta piedra, advirtiendo antes que la cara número 5 debió tener el símbolo del emperador Motecuhzoma, pues como los símbolos de los años correspondían á todos los que había de cincuenta y dos en cincuenta y dos años, para fijar el ciclo muchas veces se acompañaba el jeroglífico del príncipe reinante. Entonces, pues, la piedra diría: «Bajo el reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina (cara quinta) comenzó la calamidad del hambre en el año doce *técpalt*, ó sea 1452 (cara cuarta), la que llegó á su mayor grado en el año *ce tochtli* ó sea 1454, en que el conejo, símbolo del año, se dibujó devorando un gusanillo ó hierbecilla, porque de eso sólo se alimentaron entonces los mexica (cara tercera); pero al siguiente año, que fué el secular que se señala con el *xihmolpilli* (cara segunda, letra *z*) y fué el de 1455, cayeron en abundancia extraordinaria las aguas (cara segunda, letra *x* y cara primera, letra *x*), las cuales fueron un gran don del cielo (cara primera).»

Esto último se figura haciendo salir el agua del centro del sol ó del *teotl*, y á él, al dios, al cielo que manda los beneficios y el remedio de los males á los pueblos desgraciados, dedicaron este monumento los mexica, y él es después de cuatrocientos años la página indeleble del puro incienso que el que sufre eleva al Sér desconocido que alivia sus pesares. Acaso el destino no es caprichoso al destruir los pueblos y las naciones, conservando, sin embargo, estos testimonios de la historia humana, que son como el hilo que une la tierra con lo que hay mas allá.

Con motivo de estas calamidades y en honor del dios que de ellas había salvado á la ciudad, establecióse una nueva teofanía. Se creyó que los dioses estaban airados porque no se les hacían sacrificios, y para que jamás les faltaran establecióse la guerra sagrada. Es éste uno de los hechos más curiosos de nuestra historia

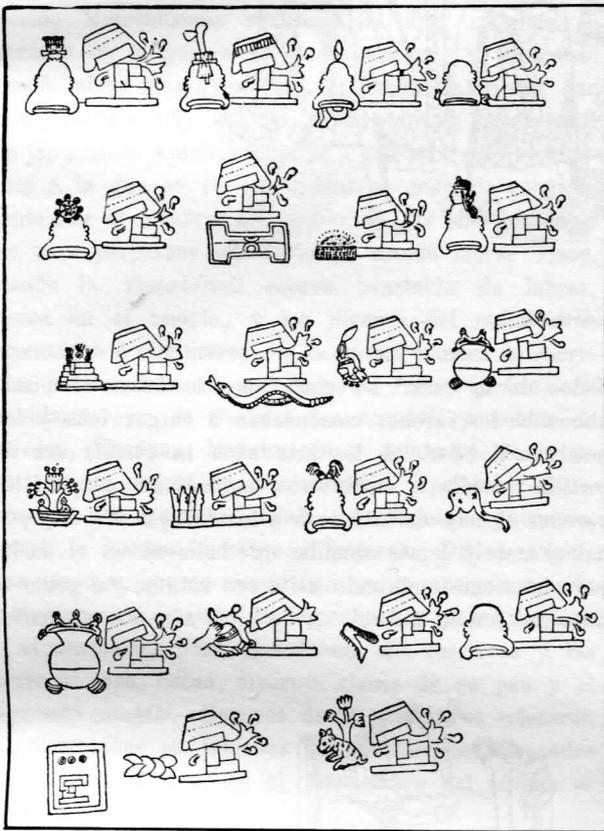
antigua. Se extendían al oriente del Anáhuac, la república de Tlaxcalla, el país de Huexotzinco y la ciudad sagrada de Cholóllan. Con estos pueblos, débiles relativamente al poder de los emperadores aliados, se hizo el concierto de salir periódicamente á batalla, con el único objeto de hacer prisioneros que destinar al sacrificio; pero sin que jamás, cualquiera que fuese el vencedor, se menoscabase en nada el territorio de los contendientes. Los historiadores tlaxcalteca tomaron de esto motivo para cantar las glorias de la república que, según ellos, jamás pudieron sujetar los mexica. El señor don Diego García de Panes, en el *Teatro de la Nueva España en su gentilidad y conquista*, manuscrito inédito, describe las batallas que durante muchos años tuvieron los tlaxcalteca. Dice que éstos estaban enteramente cercados en su territorio, y aunque cuenta varias de sus victorias, no le llamó la atención el que jamás extendieran su poderío. La verdad es que por el pacto sagrado, si por una parte Tlaxcalla y Cholóllan no podían aumentar su poder ni confundir á los *tecuhtli* de México, por la otra quedaban libres de su dominio estos pueblos que los separaban de la costa de oriente, y los cuales, en un momento dado y acostumbrados ya á hacer la guerra á los mexica, podían unirse á un enemigo poderoso, como lo vino más tarde á justificar la Conquista. Así, impulsados por su fanatismo, debilitaban su poderío los tenochca y preparaban su futura ruina.

Se quiso dar á la guerra sagrada grande esplendor, y se decretaron honras para los que en ella tomaban parte. Al efecto se ordenó que solamente los que en ella se distinguieran podrían usar bezotes, adornos, brazaletes y orejeras de oro y piedras finas, y que sólo á ellos se dieran los penachos de vistosas plumas y los *chimalli* y los *maxtli* ricamente adornados. Prohibióse la venta de estos objetos, que el *tecuhtli* daba á los valientes. En cambio se mandó que los que no fuesen á la guerra usaran de los trajes de los hombres bajos y de poco valor, para que se conociera su cobardía y poco corazón; y se les prohibió usar ropas de algodón y plumas, y en los banquetes no se les daban rosas ni cañas huecas para que torcidas las hojas de tabaco y metidas en la caña lo fumasen. Y aun cuando fuera hermano del *tecuhtli* el que no iba á la guerra, ni se le le hacían reverencias, ni podía comer ni andar con los valientes. Y si los hijos naturales eran más valerosos que los legítimos, servíanles éstos á aquéllos y gozaban de los honores y riquezas de sus padres. No tuvieron jamás los tenochca honores ni títulos hereditarios, y así como no era rey el hijo del rey, sino el que más lo merecía, así también los grados, empleos y distinciones, se conquistaban solamente por el valor y el mérito.

Inútil es relatar las muchas campañas que se hicieron en tiempo de Motecuhzoma. Bastará decir que después de haber dominado los últimos restos de los

descontentos del Anáhuac, de haber llevado su poderío hasta las crestas de las montañas del valle y de subyugar los pueblos tlahuica, que más allá del Axochco se extendían, emprendió la conquista de las ciudades del oriente, y dejando á un lado Tlaxcalla, Cholóllan y Huexotzinco, inviolables por el pacto sagrado, redujo á Tepeaca, y siguiendo la conquista de los pueblos mixteca asoló y sujetó Oaxaca. Aumentó también su poderío en el rumbo de los cuexteca y en el país del antiguo reino de Tóllan, y fueron tantas sus conquistas, que el códice Mendocino trae incendiadas más de treinta poblaciones.

Para nosotros no hay duda de que concurrieron los



Códice Mendocino. — Continuación de las conquistas de Moteczuma

ejércitos aliados á estas campañas, y el cronista chichimeca habla extensamente de la honra que en la guerra de los cuexteca cupo á los acolhua.

Con tantas conquistas aumentó no solamente el renombre y la influencia política de los mexica, sino que se enriqueció Tenochtitlán y se convirtió en la ciudad más populosa de estos países, no solamente por la gran inmigración que tuvo, sino por la multitud de extranjeros que á ella venían.

Pensó entonces Motecuhzoma en establecer la organización admin. trativa. Los gobiernos anteriores á Itzcoatl se ocuparon más bien de las necesidades del momento, y lo poco que en la servidumbre pudieron hacer limitóse á adiestrar á los tenochca en los usos de la guerra y á buscar mayores comodidades por medio

del comercio y de una industria naciente. Itzcoatl, cuyo carácter histórico se distingue como conquistador, se dedicó naturalmente á la organización militar, arregló el famoso pacto internacional de los tres reinos del Anáhuac y comenzó á establecer la organización administrativa, y hemos visto que bajo su reinado se establecieron las principales dignidades del imperio. No son, sin embargo, los tiempos calamitosos de la guerra, cuando se tiene al enemigo á las puertas de la ciudad, los más á propósito para dedicarse á tareas y reformas administrativas. Cuando nadie ataca á la nación, y si guerra hay es sólo porque ésta quiere hacer conquistas, cuando la paz y la abundancia reinan, entonces únicamente los malos é ineptos gobernantes dejan de poner todo su cuidado en el arreglo de la buena administración.

Dedicó Motecuhzoma todo su esmero á tan laudable fin, y es digno de notarse que para fijar en leyes sabias lo que más convenía á su nación, no obró arbitrariamente, sino que convocó para hacerlas á todos los grandes del imperio y de las provincias. Arreglóse el ceremonial real: el rey no podía salir en público sino en las grandes solemnidades; debía estar oculto y misterioso como un dios; solamente él podía usar el *copilli* de oro, y en la guerra los dignatarios militares que lo representaban. En las casas reales únicamente el *tecuhtli* podía andar con *cactli*: los demás debían presentarse descalzos, á no ser los que mucho se hubiesen distinguido en la guerra, que los podían usar corrientes y ordinarios. Desde el rey hasta los últimos nobles cada uno tenía marcado el adorno y riqueza de su *áyatl* y *maxtli*. Se mandó que el pueblo usase el *áyatl* burdo y que no le bajase de la rodilla, bajo pena de muerte, con excepción de los que en la guerra hubiesen recibido heridas en las piernas, pues para cubrirlas se les permitían, por ser justo que *galardonasen* así tan nobles cicatrices. El pueblo, hijo del dios de la guerra, no podía menos de honrar siempre á los valientes guerreros. Solamente los grandes señores y los valientes jefes militares podían tener casas de alto y sobre ellas *xacalli* á manera de miradores. Sólo ellos podían usar adornos de oro ó de piedra *chalchihuitl*; pero los *tecuhtli* únicamente se podían poner brazaletes de oro y abrazaderas en las piernas. Los valientes soldados, que no eran nobles, usaban plumas de águila en la cabeza y collares de caracoles y piedras comunes.

En el *técpán* había diversas salas destinadas á los diferentes rangos. Allí se establecieron los tribunales, que en diversas jerarquías administraban justicia. Es notable que ningún juez podía dar sentencia de muerte, sino que esto estaba reservado al *Colhuatecuhtli*. No creían los tenochca que un hombre pudiera quitar la vida á otro hombre: esto estaba reservado al emperador, que era la imagen del dios.

Decretáronse también diversas leyes penales, que

en sus jeroglíficos nos ha conservado el código Mendocino. A los adúlteros se les mataba á pedradas, á los borrachos se les ahorcaba, pues sólo era permitido beber *neuhltli* á los viejos mayores de setenta años; á los ladrones, si el robo era grave, se les mataba

también; si era leve, se les vendía por el precio del hurto.

Así mientras por un lado se castigaba de una manera cruelísima, no solamente el crimen, sino aun el vicio, por otra parte se premiaba y honraba el valor.



Estreno del Tonalácatl

Pero no creyó Motecuhzoma que fuera esto bastante para hacer de su pueblo el más temido en la guerra; quiso que desde la educación de la niñez se fueran formando los hombres sufridos é incansables que componían el invencible ejército tenochca. Cuando el niño tenía tres años comenzaba la educación: le daban de comer media tortilla. Cuando tenía cuatro años le daban ya una tortilla, y comenzaban á ocuparlo en los man-

dados de la casa. De cinco años le daban el mismo alimento: los varones comenzaban á cargar leña y las hembras á hilar. A los seis años la comida era de tortilla y media, y entre otros empleos les daban á los varones el muy curioso de ir á los *tianquiztli* á pepear el maíz y demás semillas que hallasen en el suelo, para irlos acostumbrando así á ser astutos y á ganar el alimento con su trabajo. A los siete años los enseñaban



Moteczuma hace esculpir su imagen en Chapultepec

á pescar. Y durante los ocho y nueve años los comenzaban á acostumbrar á los sacrificios, metiéndoles puas de *metl*, maguey. El jeroglífico representa á los niños llorando con tales sacrificios. Desde la edad de diez años les era permitido á los padres castigarlos, y á la de once les podían dar como pena *humazos* de chile ó axi, que era un verdadero tormento. A la edad de

doce años acostaban á los varones en el suelo con la cara vuelta al sol, para que se volbiesen fuertes y resistieran la intemperie y los trabajos de la guerra. Y por fin á los quince años concluía la educación de la familia y el mozo pertenecía al Estado, que acababa de instruirlo en sus deberes, recibéndole ya en el *calmecac*, casa sacerdotal, ó en el *cuincacalli* ó colegio civil.

No olvidó tampoco la religión Motecuhzoma. El rey que no quiso consagrarse antes de hacer prisioneros, natural era que se dedicase á engrandecer el culto de los dioses. Dió grandes preeminencias y honores á los sacerdotes y á todos los que se dedicasen á los templos, y ya hemos visto que uno de sus primeros actos fué la construcción de un *teocalli* á *Huitzilopochtli*.

Pero junto á todos estos progresos venía el fanatismo á echar un velo de sangre á tanta civilización y tanta gloria, pues no solamente se repetían los sacrificios, sino que se tenía lujo de barbarie en ellos. Parece que entonces por primera vez se hizo en México el horrible sacrificio llamado *Tlacaxipehualiztli*. Había querido Motecuhzoma reunir á la idea religiosa el recuerdo de la guerra de Atzacapuzalco, y para esto mandó labrar una gran rueda redonda de piedra que llamó *Tonalácatl*, en cuyo derredor se esculpieron con jeroglíficos aquellas batallas. Era esta piedra semejante á la que se ve en el Museo, conocida generalmente con el nombre de *piedra de los sacrificios*, y que para perpetuar sus victorias mandó labrar Tizoc. Cuando la *Tonalácatl* estuvo concluida de labrar, púsose en el templo, y los jóvenes del *cuincacalli* comenzaron á ejercitarse en la nueva manera de sacrificio. Al acercarse el mes llamado *Tlacaxipehualiztli* convidaron para la fiesta á los *tecuhtli* y nobles de Texcoco, Tlacópan, Mazahuacán y demás pueblos conquistados ó amigos de los tenochca. Recibiéles Motecuhzoma con grandes regalos de lujosos plumeros, *mactli*, y mantas, bezotes y orejeras. Dióles magníficas comidas, que no recordaban ya la antigua miseria de los tenochca cuando de legumbres y peces del lago se alimentaban; pues abundaban allí las aves y las piezas de caza, cacao, diversas clases de su pan y el espumoso *neuhlli*. Después de la comida se colocaron los convidados en tablados primorosamente adornados de tules y rosas, que en el *Tzompanco* del templo se habían levantado.

Sacaron entonces á los hombres que debían ser sacrificados, los cuales estaban pintados con tiza, y sólo los párpados y la boca con rojo: tenían las cabezas

emplumadas y los cabellos atados en la coronilla y adornados con plumas blancas. Se pusieron en hilera y comenzaron á bailar. Salieron después los sacrificadores ricamente vestidos con los trajes de los dioses *Huitzilopochtli*, *Quetzalcoatl*, *Toci*, *Yopi*, *Opótzin*, *Totec* é *Itzapálotl* y otros dos con los de *Cuauhtli* y *Océlotl*, y fueron á tomar asiento al *Zapocalli* bajo de una enramada que se levantaba en lo alto del templo, en el lugar llamado *Yopico*. Llegaba por fin el sumo sacerdote ricamente adornado precedido de los *tecuauciltin* que iban tocando el *huéhuatl*, bailando y cantando.

Entonces comenzaba el sacrificio gladiatorio, y después del sacrificio desollaban á los muertos y se vestían sus cueros los sacerdotes *Tototéctin*, los cuales armados de rodela y de palos con sonajas iban pidiendo limosna de casa en casa. A los veinte días se arrancaban esos inmundos pellejos y los arrojaban en el *Yopico*.

Antes de morir Motecuhzoma, quiso perpetuar su memoria y mandó labrar su imagen en las peñas de Chapultepec. La incuria ha destruído ese monumento. Poco tiempo después *enfermó el rey de la enfermedad de la muerte*, como dice el cronista, y acabó sus días á fines de octubre de 1469, tres *calli*, después de veintinueve años de reinado. Dejó Motecuhzoma, según Chimalpain, varias hijas, y sólo un hijo llamado Iquahuacátzin. Una de sus hijas se llamaba Atotoztli, y fué madre de los tres *tecuhtli* Axayácatl, Tizoc y Ahuizotl.

Tanta grandeza y tanta gloria dió á la nación Motecuhzoma, hizo tantos beneficios á su pueblo, que dice el cronista que le respetaban y tenían como á dios. Dejóse, sin embargo, llevar de un supersticioso y cruel fanatismo, que hizo aparecer odioso á su pueblo que vivía sacrificando á los hombres de los otros reinos en aras de sus dioses, y que le hizo cometer un gran error político, dejando libres é inviolables, casi á las puertas de la ciudad, á los pueblos que pactaran la guerra sagrada. Tan cierto es que la superstición es la venda más negra que cubre la luz de la razón.